



Poemas de Félix Antonio Llatas Delgado

En el tabuco de mi corazón hay un murciélago

Hay un murciélago
 En el tabuco de mi corazón
 Como una úvula
 O como un chiste pésimo
 Se columpia un murciélago
 En el lugar que era del corazón
 Se ha mudado
 A no sé dónde
 Solloza fofo el pecho
 Hormigueante
 Como un gato sin música
 Duerme la sangre
 Con su lengua de pana entumecida
 Empozado en mi pozo
 Siento llover las horas
 Cierro los ojos
 Toco la puerta: ¿Estás?
 No estoy..., dice el silencio
 Se ha mudado a no sé dónde el corazón
 Solloza fofo el pecho
 Y hace frío
 En su tabuco afótico
 Perennigélido
 Hay un murciélago
 En ese horno muerto
 Cuya bravera
 Ha sido tapiada a cal y canto
 Hay un murciélago
 Levógiro
 Colgado de los pies
 Como una sombra
 Como una sombra o sogá

Atado al techo
 Durmiendo de cabeza
 Con un ojo
 Abierto y rojo
 Oscilando cual péndulo
 Dando al revés la hora
 Blandiendo espesa baba
 Sembrando un charco inútil.

Manos de arena

Catorce vez
 Al pie de la misma cuesta
 El día en flor me llama
 Como se ventea el grano
 Me hace una seña
 Inflamado por el ahínco grueso
 Del hombre terco que se ha inclinado al vicio
 Acudo
 Orgullosamente resignado
 Igual que un toro al embeberse
 Al pie de esta gradiente estoy
 Con mi camino a cuestras
 Desde una ventana me llama el día
 Me echo el camino al hombro y voy
 Yo soy mi propia sombra
 Y llevo abotonada la sonrisa
 Sudo y me olvido de mí
 Lentamente el sol asciende y surca el cielo
 Lentamente se oculta
 Como un perro que persigue su cola
 Sacando chispas de los cascajos con las botas
 Vuelvo a casa
 Dando recios vaivenes de cabeza
 Hecho todo un pelmazo

Hecho una sombra, vuelvo
El mismo tramo duro
Hago y deshago
Cada mañana
Vuelvo a nacer
Y al caer la tarde
Yo también caigo
El mío
Más parece culebra
Que camino
A veces
Cuando encuentro un rellano
O cuando el resistero golpea
Con toda su cólera
Y la cuadrilla toda
Se tumba a descansar
En un rincón
La siesta
A parte, yo
Sentado en algún témpano de tierra
Desempolvo mi nombre
El haz de las cosas ha sido cubierto
Por una fina capa de musgo
Cierro los ojos y canturreo algo
Parapetado por los rosados párpados
Sisea un riachuelo
Entonces...
Cesa un momento el ajetreo
Cesa un instante el ¡jarre!

La culebra y el hombre

Deambulando por el bosque una mañana gélida
Encontré una culebra
Agonizaba, la pobre, tiritando de frío
Me arrodillé
Y con ambas manos froté su cuerpo yerto
¡Oh!, estaba casi muerta
Le insuflé espíritu
Me levanté la chompa y la arropé en mi pecho
Y la llevé conmigo. Contra mi corazón
Como una llave fría
Recobrado el aliento, al corto y raudo trecho
Empezó a moverse como un recién nacido
Con cuidado esmerado
Saqué el ovillo vivo
Y lo puse en el suelo

— Vuelve a tu nido, amiga
Lentamente entonces se deslió el ovillo y se
perdió en el bosque
Hondo silencio hubo
Antes de irse
Me miró un instante. En sus ojos
Fulguró un relámpago...
¡Ay!, amiga... Tienes el brillo y el filo...
Y tienes el frío...
Mientras volvía a casa, desandando el camino
En su nido, silbando
Mi corazón venía
Sabía
Él lo sabía
Sentí de pronto envidia
Una pizca tan solo
Un brotecito enternecido.

Necedad tupidia es seguir lamentándose

Cierta vez un muerto
En el panteón se lamentaba
<< ¡Ay!
¿Por qué me mató
Si yo no le hice nada?
Me mató con un hacha
Y nadie me vino a socorrer...
Después
O inmediatamente antes de después
Pedí a gritos ¡Agua!
Y nadie fue capaz de alcanzarme un vaso de agua
Se ha quedado dentro de mí, conmigo, mi alma
No ha querido irse, me acompaña
Antes encarroñarse ha preferido que dejarme solo
Y eso me mata todavía más>>
Su voz subía y bajaba
Perezosa y gangosa
Como por el cuello largo
De una rara botella
En medio de la oscuridad
Y de la soledad
De la alta noche
<< ¡Ay!>>
Se lamentaba...
Trajeado de domingo
Fresco y fétido
Embaulado en su nicho

Con un geranio blanco en el ojal de la chaqueta
Disputándose con los gusanos la succulenta podre
Vigoroso
Un serpigo
Caminaba famélico
Por su pecho y su espalda
Exacerbándolo
Colmándolo
Angustiándolo
<<Llanto salado desde entonces bebo
Qué triste ha sido (es)
No tener quién te socorra
Ni quién te dé
Por último
Un jarro de agua
Si mi madre hubiera estado viva
Si mi padre no nos hubiese abandonado
Si mi hermano
En fin
Hubiera sido un poco menos monetario...
En mis alforjas traigo un martillo chiquito
Para golpearte, hermano, tiernamente el codo
Hermano, hermano ausente, ¿estás?...
Si vienes
No me levantes, hermano
Yo ya estoy muerto>>
Un vecino suyo del pabellón de enfrente
Que atentamente había estado oyéndole
Le dijo:
— Calla, hombre, y duerme
Necedad tupida es seguir lamentándose.

